

UN ANALISIS FILOSOFICO DE LA CIENCIA POLITICA

«Ciencia Política» es una fórmula de vieja tradición. Expresa una de las pretensiones decisivas en la configuración cultural de ese acontecer que Max Weber definió como proceso de racionalización, característico de la historia occidental. La Ciencia será el intento de controlar racionalmente el mundo, en cuanto que la realidad se presenta como sujeta a leyes cognoscibles por la razón, posibilitando así su apropiación humana. En la transformación técnica del mundo físico se cumplen las Ciencias Naturales. La ordenación política de la vida social sería la culminación de las ciencias humanas. Pero ¿cabe reducir lo humano a términos puramente racionales? Explicitando la pregunta: ¿Es posible una ciencia normativa, una teoría que no sólo explique la actividad humana, sino que establezca los principios de su práctica conformación política?

Lo grave es que tal proceso de racionalización acontece como una progresiva «desmitificación del mundo» (Max Weber). La decisiva autonomía de la razón científica respecto a la razón teológica y a la razón metafísica va a establecer una barrera radical entre la *praxis* y la teoría: se impone la estricta separación entre los juicios de valor y las afirmaciones fantásticas. Después de Max Weber, las ciencias humanas, en cuanto auténticas ciencias empíricas, parecen condenadas a una absoluta neutralización ética. El neopositivismo —más vinculado a su herencia neokantiana y empiriocriticista que al positivismo comtiano y a su encubierto yusnaturalismo— ha radicalizado esta posición al codificar las normas del lenguaje científico, cuya «gramática lógica» se postula puramente informativa. Las propuestas axiológicas quedan desterradas del ámbito de la razón científica. ¿Qué sentido tiene entonces el hablar de una ciencia política?

En este horizonte se plantea la investigación de Van Dyke (1). Insertándose conscientemente en ese proceso de racionalización, comprendido como

(1) VERNON VAN DYKE: *Ciencia política: un análisis filosófico*. Ed. Tecnos. Madrid, 1963.

un esfuerzo por aplicar el rigor lógico de la razón teórica a la vida humana. De aquí la dimensión fundamentalmente crítica de toda la obra. «La afirmación de que el fin social del cultivador de la ciencia política es contribuir a la racionalidad de la acción de tomar decisiones plantea la cuestión de la objetividad.» La objetividad es la norma fundamental que define el lenguaje propio de la ciencia. Y «las cuestiones planteadas en el estudio de la política se dividen normalmente en cuestiones de hecho y de valor». Para ordenar científicamente esa totalidad de datos y valoraciones será preciso empezar clarificando tal distinción. Enfrentándose en seguida con la estructura del lenguaje científico en general, para precisar después los posibles enfoques científicos de la realidad política. Sólo así se podrá contestar a la pregunta por el sentido actual de la disciplina en cuestión.

La actividad científica se presenta como una descripción de la realidad frente a la pretensión práctica de definirla afectivamente, normativamente. «Los positivistas —en cuya órbita se inscribe el autor— no consideran posible el establecer lo que debería ser mediante la observación de lo que es... Los valores básicos —dada su génesis afectiva, no controlable empíricamente— deben considerarse como autojustificantes: son postulados simplemente. La implicación de esta posición es que una investigación política de carácter positivista no proporciona un criterio de elección de los valores últimos.» Pero la distinción entre fines y medios —capital en la teoría de la acción, desde Kant a Max Weber y Talcott Parsons— permite ordenarla prescriptivamente. «La cuestión de si un medio concreto sirve a un fin que se ha postulado —y si lo hará «mejor» que cualquier otro medio alternativo, es decir, con mayor seguridad, con mayor rapidez, con menos coste— es una cuestión de hecho que exige una descripción.» Por tanto, un problema susceptible de solución científica.

La estructura empírico-lógica de la razón científica es el tema inmediato (partes primera y segunda del libro). Hay que aclarar los tipos de descripción explicativa y las categorías fundamentales del lenguaje científico para construir rigurosamente la objetividad científica política. Van Dyke ofrece una clara y sistemática exposición de las líneas generales de la lógica científica, tal y como ha sido establecida por los esfuerzos del empirismo lógico, desde el «Wiener Kreis» hasta la actual filosofía analítica anglosajona. La influencia de Popper, Bergman y Nagel es particularmente notoria en la construcción del autor.

La parte tercera será una información crítica sobre los distintos enfoques constituyentes de la objetividad política. Las corrientes de más importancia actual, en cuanto puedan ser consideradas como enfoques científicos, son examinadas aquí. Desde aquellos basados en disciplinas académicas —historia,

economía, sociología, psicología, geografía— a los orientados en algún rasgo específico de la vida política o identificados con hipótesis explicativas, sea el medio, la motivación o la ideología el factor causal enfrentado. Prescindimos aquí de una exposición más amplia. Estas notas no pretenden sino incitar a la lectura del libro de Van Dyke; de ningún modo suplirla. Sí queremos señalar el carácter atomístico de todos estos análisis. No existe un intento de articular las distintas axiomáticas enfrentadas para desembocar en una teoría general. Cada enfoque es un «hecho» unitario, analizable por sí mismo, apenas en conexión con las restantes perspectivas científico-políticas. La desconexión teórica con que las distintas ciencias humanas (economía, psicología, sociología, historia) se presentan incapacitará para organizar las distintas hipótesis explicativas en teorías de un nivel más alto de generalidad. En último término, desde tal planteamiento —en el que un cierto pragmatismo relativamente oportunista se conjuga con el formalismo lógico— no tiene sentido plantearse el problema de una teoría general: ni como posible construcción sintética, ni como selección entre los enfoques actualmente dados. «Ninguno de los enfoques debe ser considerado como necesariamente y siempre el mejor. Los estudiosos de la política escogen y deben escoger entre ellos, basando su elección en cualquiera de varias consideraciones: su formación profesional y habilidades, la naturaleza del problema general con que se enfrentan, el público al que se dirigen, etc. Al mismo tiempo, el objeto debe ser desarrollar teorías causales que sean explicables a todas las cuestiones relativas a la explicación y predicción de los acontecimientos.» La vieja pretensión neopositivista de la unificación de las ciencias apenas se apunta como una norma ideal relativamente alejada de la actual investigación empírica. El fáctico pluralismo de enfoques impide por ahora la unificación axiomática de la ciencia política.

La diversidad de esquemas categoriales acaso no sea sino un síntoma más de la incuestionabilidad absoluta de nuestra disciplina. «¿Es el estudio de la política una ciencia?» Si aceptamos como claves de tal actividad cognoscitiva los requisitos de verificabilidad, sistema y generalidad, advertimos la enorme deficiencia de la situación actual de tales investigaciones. Solamente se supera esta atribulada facticidad cuando, distinguiendo con J. B. Conant entre concepciones estáticas y concepciones dinámicas de la ciencia, se sostiene, desde esa segunda posición, que «el conocimiento que existe... es parte del tejido de la ciencia, pero no su esencia». Tan significativo como este «argumento esencialista» es la invocación del historicista Collingwood —dos recursos decididamente extraños a la ortodoxia neopositivista—. «La ciencia... no consiste en recopilar los que ya sabemos y en su ordenación en este o el otro esquema. Consiste en luchar con algo que no conocemos, tratando de

descubrirlo. La ciencia es descubrir las cosas.» Sólo así podemos seguir considerando como ciencia una disciplina dentro de la cual «una gran proporción de las proposiciones que formulan ahora los científicos políticos», y precisamente las de nivel más general, las proposiciones clave sistemáticamente, «son inverificables». En esta situación, únicamente el behaviorismo parece resultar satisfactorio al enfrentar «solamente las cuestiones sobre la política que puedan manejarse cuantitativamente. Se busca la generalidad y el sistema, pero solamente en la medida en que son compatibles con el requisito supremo de la verificabilidad. Quienes adoptan un enfoque behaviorista parecen tener la opinión de que es mejor apuntar a una estructura de conocimiento que es merecedora de crédito, pero limitada, que a una estructura que es comprensiva, pero no merecedora de crédito». La «irrelevancia» de tales teorías —de «ámbito mínimo», jugando con una formulación de Merton— se salva de nuevo con una esperanzada apelación a un futuro ideal: «Hay mucho que decir en favor de este punto de vista, especialmente si existe una posibilidad sustancial de que la estructura de conocimiento digna de crédito puede, a veces, ser extensiva.» Por supuesto, la cuestión no está perfectamente resuelta. «La respuesta a los behavioristas en este punto es que quienes deben tomar decisiones políticas... no pueden esperar a que se desarrolle la ciencia de la política. Y necesitan ayuda y consejo.» Que los científicos pueden ofrecerlo en mejores condiciones que los legos, aun cuando su conocimiento no «satisfaga todas las comprobaciones de la ciencia». De ahí la cautela y prudencia necesaria a tales consejeros. «A esto los behavioristas podrían replicar que cuanto más dediquen los científicos políticos sus habilidades y energías a otorgar consejos en cuestiones calidoscópicas y cambiantes, más tiempo transcurrirá antes de que elaboren una ciencia que sea digna de este nombre.» Así termina el libro.

Antes de concluir este apresurado esbozo, apuntemos la contradicción decisiva que aquí asoma: como neopositivista, Van Dyke rechaza todo esencialismo, todo historicismo; como crítico académico del «status» científico de la ciencia política anglosajona, salva su deficiente situación actual con un salto a un futuro histórico que aparece como realización necesaria de la potencia dinámica constitutiva de la «esencia» de tal disciplina.

* * *

«Este libro es el primer intento de aplicar con todas sus consecuencias un análisis positivista lógico a la ciencia política» (*Librar y Journal*). Tal afirmación plenamente justificada señala la importancia objetiva del estudio de Van Dyke. No será preciso insistir en su extraordinario valor dentro de

nuestro país, en cuanto instrumento de clarificación lógica de una disciplina cuya constitutiva dificultad teórica se agrava bajo la etiqueta académica de «Derecho político». Cuando un tardío realismo ingenuo sigue dominando el lenguaje científico-político, su formalización lógica resulta algo absolutamente necesario: sólo así es posible una teoría política rigurosamente empírica, a salvo de supuestos ideológicos más o menos «fundados metafísicamente». Frente a toda construcción ontológica, el principio de verificación—control empírico del sentido científico de las proposiciones— constituye una de las claves del planteamiento de Van Dyke. «Si el conocimiento debe ser verificable, la ciencia debe ser empírica; esto es, las afirmaciones científicas deben ser descriptivas del mundo empírico. Ciencia y científico son entonces palabras que se relacionan con una sola clase de conocimiento; esto es, con conocimiento que es observable y no con cualquier otra clase de conocimiento que pueda existir... Ni ciencia ni científico se relacionan con el conocimiento alegado de lo metafísico» (Van Dyke).

Si algo ha quedado rigurosamente claro tras las investigaciones epistemológicas del neopositivismo es la destrucción del lenguaje científico, puramente informativo frente al lenguaje axiológico. Una cosa es describir el acontecer empírico en términos de su verificación intersubjetiva y otra definir afectivamente la realidad, explicitando, racionalizando una cierta posición subjetiva. Se destierra el esencialismo en cuanto a su pretensión de establecer la auténtica realidad del mundo no hace sino mezclar arbitrariamente informaciones objetivas junto con expresiones seudoteóricas, cuya única consistencia significativa radica en una cierta actitud práctica, real, ante el mundo. La significación práctica, real del mundo para un sujeto se convierte entonces en revelación ontológica de la realidad en su íntima esencia.

La definición subjetiva del mundo amparándose en el uso tradicionalmente arbitrario del verbo ser se presenta como expresión de su «objetividad necesaria». Necesidad que, en el mejor de los casos, no es sino la coercitividad con que se impone una cierta ideología socialmente dominante. El principio de verificación acaba con la «ciencia ontológica» y sus «postulaciones injustificables». El conocimiento no será científico sino cuando cumpla los requisitos de verificación, sistematización y generalidad. Hasta aquí hay que adherirse a los resultados del empirismo lógico. Desde aquí habrá que abandonarlos; la crítica del conocimiento «realista» empieza por sustituir la realidad cognoscible por las puras condiciones conceptuales de su observación. La crítica se mueve en el vacío, en el mundo ideal de las teorías científicas. Podrá enjuiciar sus fallos lógicos; de ningún modo su adecuación a la realidad, inaccesible en principio a tal filosofía.

Aparecen aquí los límites absolutos del empirismo lógico. La pura crítica

del lenguaje desenmascara los entuertos semánticos sin poder alcanzar el correlato real significado. Que Reichenbach, verbigracia, afirme la existencia objetiva de la realidad como una pura «asunción» razonable —una hipótesis defendible— no hace sino expresar la cárcel lógica de un lenguaje consagrado a su pura normatividad inmanente. «Los límites de mi lenguaje significan los límites del mundo. La lógica llena el mundo» (Wittgenstein). Pero la lógica no puede decir nada sobre la realidad sino en cuanto trasciende a un mundo que la excede: en el mundo, en la humana convivencia práctica, es donde se engendran lenguaje y lógica, como comunicación y significación dentro de un proceso de realización histórico-social del hombre.

La última clave de la significación de un lenguaje no reside en su «gramática lógica» ni en su semántica establecida, sino en la realidad de ese proceso histórico social, cuya conciencia humana expresa.

Tales proposiciones generales sólo tienen sentido aquí en cuanto pueden ser concretadas en el marco de una clarificación filosófica de la ciencia política. Cómo es posible constituir en puro observable, en estricta objetividad científica el ámbito de lo político? Tal sería el problema real de un análisis filosófico de la ciencia política. Pero Van Dyke no se plantea un problema real, sino un simple problema crítico: no se trata de establecer teóricamente los supuestos conceptuales que posibiliten la investigación empírica del acontecer político, sino de criticar *los distintos supuestos* conceptuales ya establecidos en cuanto enfoques académicamente vigentes dentro de este campo. De ahí que no tenga sentido la decisión por una cierta teoría general de la ciencia política: bastar con afinar lógicamente los planteamientos ya dados, afirmando su correspondiente validez singular.

Una tal posición parece ignorar todos los esfuerzos actuales hacia una unificación axiomática de las ciencias humanas. No llega a advertir la convergencia teórica de aquellas diversas ciencias que hace posible una progresiva unificación de enfoques al parecer tan dispares como el psicológico, el sociológico, el ideológico, el económico, el del poder y la influencia, el de la pugnacidad conflictual, etc., hacia una teoría general de la ciencia política. Quizá debido a su aceptación acrítica del planteamiento behaviorista que nunca llega a entender desde el posible marco conceptual de una teoría general de la acción. Al cabo, la idea neopositivista del quehacer filosófico supone que sólo el científico enfrenta cognoscitivamente la realidad. Al filósofo le compete únicamente criticar el rigor metodológico de tal enfrentamiento, vigilar el cumplimiento de las normas del lenguaje científico; no tiene acceso a la realidad observable, sino a las mediaciones científicas ya establecidas. Su objeto no es la realidad en cuanto cognoscible, sino el lenguaje como instrumento de conocimiento. De aquí su incapacidad para en-

frentar el problema de la «corrección teórica» de una serie de lenguajes respecto a la realidad expresable; únicamente podrá juzgar sobre su «corrección lógica».

Frente al realismo esencialista, deduciendo sistemáticamente las categorías fundamentales de las distintas «regiones ontológicas», el eclecticismo teórico. Puesto que «empíricamente» no tiene sentido hablar de una «axiomática ontológica» —expresión de la «objetividad esencial» del ámbito real investigado (Husserl)—, se admite el pluralismo de enfoques. Ya sabemos que a un empirista lógico nunca le puede interesar en serio el conocimiento real de la realidad en general, ni de la realidad política en concreto: sólo le ocupa el conocimiento de sus supuestos ideales. Su competencia se limita a vigilar en que todos aquellos que, dentro del sistema establecido, pretenden hacer ciencia política, cumplan las normas ideales del método científico. La crítica del realismo esencialista acaba por disolver la propia realidad en aras de su puro concepto lógico. El hueco de una «mitología política», seudocientífica, será llenado por una mitificación de la lógica.

A caballo sobre la *praxis* y la teoría, la política resulta un ámbito peligroso para el neopositivismo: establece su insuficiencia radical para otra cosa que no sea la policía semántica del lenguaje científico, y manifiesta las raíces sociales de ese compromiso con un idealismo abstracto. La teoría es conocimiento de la realidad, en cuanto que la investigación científica supone un enfrentamiento práctico con la realidad. La observación, la verificación, son acciones que exceden del mundo ideal del lenguaje puro: son la *praxis* en que cobra significación el lenguaje científico, en que se engendra el sentido «real» de las proposiciones científicas.

Las normas del «sentido lógico» de tales proposiciones, como el resto de las normas que constituyen el método científico, son, en definitiva, las reglas exigidas para el cumplimiento práctico de ese proceso real —no puramente lógico— que es el conocimiento científico. La lógica no es sino un momento en ese proceso práctico, social, que es la investigación científica. Pero entonces el enfrentamiento filosófico de una disciplina científica no puede detenerse en el análisis idealista de su teoría general, de su lenguaje fundamental. Es preciso enfrentar asimismo la conexión de tales expresiones significativas con su posible correlato real: una conexión práctica que viene constituida por la organización real de la investigación en cuanto acontecer práctico, histórico-social.

Desde este planteamiento, ¿qué significa el idealismo neopositivista? En primer lugar, que el «filósofo» abandona toda responsabilidad por el conocimiento real de la realidad —función especial, que se adscribe al «científico»—; al «filósofo» sólo le compete la vigilancia de las normas ideales de

todo conocimiento empírico: la policía del método científico. El filósofo no se enfrenta con la realidad; simplemente, con los resultados teóricos del funcionamiento práctico de la comunidad científico-académica dentro del sistema establecido. De ahí su existencia abstracta, el idealismo necesario de su pensamiento. De ahí el sentido absolutamente conformista de su fácil eliminación de los juicios de valor; no tiene sentido fundamentarlos, puesto que previamente se aceptaron ya los vigentes socialmente. Un profesor académico —posición social normativa para el «ethos» del neopositivismo actual— es siempre un hombre dentro del orden dominante. Otra cosa es que su resignado escepticismo político le impida una profesión más activa de aquellas vigencias. En último término, el idealismo neopositivista salva al filósofo de la deficiente realidad social actual adscribiéndole en promesa al orden social perfecto de la futura «Civitas Scientifica».

De aquí la ética de aplazamiento frente a la urgencia política. Cuanto más separados estén los «rôles» de filósofo y de científico —decisivamente teórico— frente al «rôl» práctico del político, mejor que mejor. Lo que importa teóricamente no son las necesidades prácticas actuales, sino la pureza de la ciencia actual, el riguroso cumplimiento del código metodológico, única garantía del advenimiento futuro de la ciudad salvadora. Despegado así de la inmediatez real de la vida política, sería imposible para el filósofo pretender contribuir a la construcción de una teoría general de la ciencia política. Alguna vez llegarán hasta ella los científicos políticos. Al cabo de esa diversidad de enfoques no es sino una facticidad accidental que en nada atenta a la esencialidad única: la ciencia en cuanto progresiva estructuración lógica del mundo.

Ahora resulta claro el sentido de aquella aparente incongruencia señalada al final de nuestro resumen expositivo: Van Dyke, en tanto neopositivista, es, necesariamente, un «crítico académico» de la ciencia política anglosajona. El salto al futuro de la «realización esencial» de tal disciplina, como salvación de su deficitaria situación actual, no es sino un momento más del salto idealista que sustituye los conflictos que la realidad política presenta por su armoniosa plenitud en un mundo regido por la ciencia. Estadio futuro, resultado del progreso que viene garantizado por el cumplimiento del método científico. El tiempo de tal advenimiento no cuenta: vamos hacia él; eso es suficiente.

Sobre el caos político del mundo sólo puede imponer algún sentido el triunfo final de la pura razón científica. Mientras tanto, sus creyentes pueden esperar confortados por la situación social académica que les permite aceptar con tranquila resignación las deficiencias de un mundo cuya confi-

guración contemporánea sigue estando teñida de la irracionalidad constitutiva a toda *praxis* política no iluminada por la ciencia pura.

Aconteciendo históricamente, la razón deviene sin razón. Una cierta posición teórica relativamente válida al nivel racional del momento en que surge deviene dogma absoluto, norma intelectual por obra del tradicionalismo académico. La rígida censura de Max Weber entre *praxis* política y teoría científica no sólo supone el neokantismo vigente en la Universidad alemana y la tradicional distinción de los «rôles» sociales del filósofo y el político, sino la crisis radical del consensus en una sociedad cuyos conflictos desembocarían en el caos nazi. Su concepción de una ciencia éticamente neutral hay que entenderla como liberación de la objetividad científica frente a una ideología dominante, pretendiendo validez universal a partir de las académicas «ciencias normativas», y frente a una creciente mitología irracionalista que acabaría por imponerse violentamente en la insensatez de una «ciencia aria». Surgiendo en el mismo momento de caos axiológico, el neopositivismo del Círculo de Viena representa, como la posición weberiana, una batalla por la razón científica al servicio de una racionalización progresiva del mundo. Pero con la derrota mundial del fascismo, el empirismo lógico deviene ortodoxia filosófica en Occidente. Su definición de una razón teórica pura, frente a la arbitrariedad afectiva de los juicios de valor, deja de tener sentido crítico y cobra, en cambio, una dimensión ideológica conservadora. La exigencia de rigor informativo se transforma ahora en pura «inhibición metodológica» (Wright Mills), que inunda de futilidad las ciencias sociales. Es en este ámbito del saber científico donde, frente a la urgencia de una teoría general, cobra vigencia progresiva la norma de una investigación reducida a verificar «teorías de ámbito medio» (Merton), congruente con la legitimación del pluralismo teórico frente a la unificación axiomática. Sin una teoría general de la Ciencia Política no cabe racionalizar científicamente los juicios globales sobre el sistema político. Para muchos de los empiristas lógicos actuales, empero, tales juicios carecen de sentido, se definen en términos peyorativos, como puros juicios de valor. El supuesto real de tal posición no es otro que la intangibilidad de la máquina del Poder para unos científicos y filósofos en conformidad con el sistema establecido. Una pretendida fe en la ciencia resulta, prácticamente, un obstáculo al progreso científico.

«La imposibilidad de hacerse campeón de convicciones prácticas en nombre de la ciencia» sólo se convierte en proposición axiomática cuando se eterniza ontológicamente una cierta crisis histórica, definiendo esa quiebra del consensus como «combate eterno de los dioses»; tal es el caso de Max Weber (vid. *Wissenschaft als Beruf*). La situación histórica actual parece ser otra: la universalización de los conflictos político-sociales en un mundo que

tiende a una cierta unificación científico-técnica parece ofrecer alguna ocasión para detectar empíricamente una serie de valores cuya vigencia universal constituye el supuesto de una sociedad mundial racional, pacífica, humana. Sino que esta perspectiva parece estar más clara desde una situación social de subdesarrollo que desde el confort privilegiado de la Universidad en las grandes potencias occidentales; quizá porque uno de los supuestos de tal confort sea la negación violenta de alguno de aquellos valores. El libro de Lipset, *El hombre político*, con todas sus limitaciones, es significativo de esta nueva perspectiva histórica con respecto a un orden axiológico universal. Un análisis filosófico de la Ciencia Política debe ser consciente de esa coyuntura actual, que quizá permita no sólo su unificación teórica (Teoría general de la Ciencia Política), sino el establecimiento empírico de alguno de los principios fundamentales de una filosofía política capaz de orientar racionalmente la organización y funcionamiento del Poder. Fundamentar tales afirmaciones es algo que excede los límites de las presentes notas.

CARLOS MOYA